

SENTIDO E IMPACTO DE
LA PARTICIPACIÓN NEGRA EN LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE CUBA¹

POR

ALINE HELG

University of Texas at Austin

Desde sus comienzos, los negros se unieron en masa a la lucha por la independencia de Cuba. En el proceso, muchos forjaron grandes expectativas en cuanto a su posición en un futuro igualitario. Este ensayo investiga algunos de los aspectos de la experiencia de los cubanos de color en la guerra y examina las preocupaciones que su participación masiva provocó entre algunos líderes separatistas blancos quienes no vacilaron en frustrar la victoria más decisiva de Cuba Libre contra España, ni en cabildear a favor de la intervención de EEUU con el propósito de limitar el potencial revolucionario de la guerra.

Cuando comenzó la Guerra de Independencia de Cuba (1895-98)², la mayor parte de las tropas del Ejército de Liberación y algunos de sus líderes más importantes eran de ascendencia africana.

SIGLAS UTILIZADAS

ANC, DR: Archivo Nacional de Cuba (La Habana), Fondo Donativos y Remisiones.

MAE, Ultramar: Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), Sección de Ultramar y Colonias.

PRO, FO: Public Record Office (Londres), Foreign Office Papers.

¹ Incluye extractos de Aline HELG, *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Copyright (c) 1995 by the University of North Carolina Press. Con permiso del editorial. Agradezco la ayuda de Yvette Torres y Sonia Labrador Rodríguez con la traducción española. La terminología empleada para hablar de raza y color sigue el uso cubano.

² Sobre la guerra de independencia, véase DIRECCIÓN POLÍTICA DE LAS F.A.R., (ed.), *Historia de Cuba*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971 (original 1967), pp. 334-513; Louis A. PÉREZ, Jr., *Cuba between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983, pp. 39-227.

“Comprendo perfectamente que los españoles dicen que es éste un movimiento racista, de la raza de color”, escribió el oficial blanco Eduardo Rosell en su diario³. Además, nadie dudaba de que el líder indiscutible del pueblo alzado en armas era el general mulato Antonio Maceo⁴.

Desde sus comienzos, los negros se unieron en masa a la insurrección por un sinnúmero de razones; desde la necesidad de huir de la represión española hasta la posibilidad de mejorar sus vidas o de contribuir a la lucha por la igualdad racial en Cuba. En el proceso, muchos forjaron grandes expectativas en cuanto a su posición una vez lograda la independencia. Este ensayo investiga algunos de los aspectos de la experiencia de los cubanos de color en la guerra y examina las preocupaciones que su participación masiva provocó entre los líderes separatistas blancos de Cuba. Algunos líderes blancos no vacilaron en frustrar la victoria más decisiva de Cuba Libre contra España —la invasión por Maceo de la parte occidental de Cuba en enero de 1896— ni en cabildear a favor de la intervención de EEUU con el propósito de limitar el potencial revolucionario de la guerra.

A fines de agosto de 1895, seis meses después de iniciada la guerra, las fuerzas insurgentes contaban con cerca de 20,500 hombres, la mayoría negros o mulatos, cuando los cubanos de color constituían aproximadamente 32 por ciento de la población de Cuba⁵. De los insurgentes, algunos 16,000, principalmente hombres de color, venían de la región de Oriente. Otros 2,000, en su mayoría blancos, procedían de Camagüey, y 2,500, de ascendencia predominantemente africana, de la provincia central de Santa Clara⁶.

³ Eduardo ROSELL Y MALPICA, *Diario del teniente coronel Eduardo Rosell y Malpica (1895-1897)*, La Habana, Imprenta “El Siglo XX”, 1949-50, II, p. 19. Por supuesto, aunque el Ejército de Liberación se componía en gran parte de negros, al igual de lo ocurrido con los cubanos blancos, una mayoría de cubanos de color no participaron activamente en la lucha por la independencia, y algunos se juntaron a las guerrillas que apoyaron a las tropas españolas, Aline HELG, [1], pp. 84-86.

⁴ J. W. Ramsden a Earl of Kimberley, 28 de febrero y 29 de marzo de 1895, PRO, FO 72/1991; José MIRÓ ARGENTER, *Cuba: Crónicas de la guerra*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970 (original 1945), pp. 38, 41.

⁵ Cuba contaba entonces unos 1,650,000 habitantes. U.S. WAR DEPARTMENT, *Report on the Census of Cuba, 1899*, Washington, Government Printing Office, 1900, p. 97.

⁶ *Times* (Londres), 17 de septiembre de 1895.

La dirección del Ejército de Liberación era racial y socialmente diversa. Algunos de sus líderes estaban firmemente comprometidos con el cambio social y otros muy atados a las jerarquías coloniales. Entre las figuras principales que se alzaron en Oriente el 24 de febrero de 1895, algunos eran blancos, como Bartolomé Masó, un hacendado acaudalado de origen catalán, en Manzanillo, cerca de Camagüey, y José Miró Argenter, en Holguín. Pero el apoyo masivo provenía principalmente de cubanos de color del sur de Oriente que habían participado en la Guerra de los Diez Años (1868-78) y en la Guerra Chiquita (1879-80), tales como Guillermon Moncada, Quintín Banderas, Alfonso Goulet, y Jesús Rabí. Después de la llegada a Baracoa de los líderes negros Antonio y José Maceo, Flor Crombet y Agustín Cebreco en abril de 1895, la insurrección se extendió rápidamente a las ciudades y campos orientales⁷. En Camagüey, donde el general en jefe, Máximo Gómez, un dominicano dedicado a la causa cubana, llegó en mayo con una escolta de 200 hombres para coordinar la rebelión, la dirección se componía predominantemente de hombres de la élite blanca local —entre ellos el marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt, un viejo veterano de la Guerra de los Diez Años— seguidos de sus paisanos⁸. En Santa Clara el movimiento incluía, entre sus líderes, a hacendados, colonos y bandidos, que arrastraron tras sí a jornaleros, libertos y campesinos⁹.

La provincia central de Matanzas no se rebeló hasta fines de 1895. En este antiguo baluarte esclavista, por lo menos la mitad de los insurgentes eran de color, pero la mayoría de los cabecillas eran campesinos blancos de cierta posición económica, profesionales o hacendados que a veces iban a la guerra acompañados de sus pro-

⁷ Ramsden a Earl of Kimberley, 6 de abril, 11 y 25 de mayo de 1895, y Ramsden a Marquis of Salisbury, 16 de octubre de 1895, PRO, FO 72/1991; ROSELL Y MALPICA [3], II, pp. 19-20; Franc R. E. WOODWARD, "El Diablo Americano". *The Devil American. Strange Adventures of a War Correspondent in Cuba*, New York, G. F. Burslem and Co., 1895, p. 51.

⁸ MIRÓ ARGENTER [4], p. 90; Máximo GÓMEZ, *Diario de campaña, 1868-1899*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 288.

⁹ Diario de Zayas, 25 Abril 1895 a 30 Julio 1896 (copia), ANC, DR, leg. 73, no. 56, fols. 1, 3, 4; Fermín VALDÉS DOMÍNGUEZ, *Diario de un soldado*, La Habana, Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de la Habana, 1972-1975, I, p. 78; Bernabé BOZA, *Mi diario de la guerra desde Baire hasta la intervención americana*, La Habana, Imprenta La Propagandista, 1900, p. 46; Edwin F. ATKINS, *Sixty Years in Cuba*, Cambridge, Mass., Riverside Press, 1926, p. 186.

pios trabajadores¹⁰. En las provincias de La Habana y Pinar del Río, donde la gente había apoyado más bien a España durante la Guerra de los Diez Años, la rebelión vino a comenzar a principios de 1896, después de que las tropas dirigidas por Maceo y Gómez cruzaran la trinchera española de Júcaro-Morón y completaran la invasión de la parte occidental de la isla¹¹.

De manera que en términos generales, la guerra contra España reunió a hombres de trasfondos sociales totalmente distintos. Los negros se rebelaban contra el racismo y la desigualdad. Los campesinos desposeídos, indistintamente de su raza, luchaban por tener acceso a la tierra, los cabecillas populares buscaban poder político, las comunidades esperaban obtener el control del destino de su región. Negros y blancos, pobres y ricos unieron sus fuerzas para liberar a Cuba.

Aún así, la representación de cubanos de color en la lucha contra España era desproporcionalmente alta en comparación con su representación demográfica. El hecho de que muchos de ellos estuviesen dispuestos a luchar y a morir por la libertad de Cuba es indicio de las grandes esperanzas que depositaron en la revolución. Los negros mambises abrigaban sueños de una mejor posición para ellos en una Cuba independiente, basándose en parte en su experiencia en la guerra. Como señalaba un cirujano blanco del ejército: “Y por supuesto, suponían esos ilusos un estado de cosas que tendría por fundamento la igualdad social, la supremacía de los hombres de armas, de los guapos, sin las distinciones que forzosamente tienen que imponer en toda sociedad”. Otros no tenían tantas esperanzas, pues presentían que el racismo estaba firmemente arraigado en la sociedad cubana. Entre ellos se encontraba el Coronel Enrique Fournier, un oriental educado de ascendencia francesa y africana, quien se dice que predecía a sus camaradas: “La raza de color, que es el nervio de esta guerra, se sacrificará para que los cubanos blancos sigan explotando su superioridad [sobre los negros]”¹².

¹⁰ Grover FLINT, *Marching with Gómez. A War Correspondent's Field Note-Book Kept During Four Months with the Cuban Army*, Boston, Lamson, Wolfe, and Company, 1898, p. 52; VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, p. 112.

¹¹ MIRÓ ARGENTER [4], pp. 39, 259, 278, 280; ROSELL Y MALPICA [3], II, p. 118.

¹² Manuel ARBELO, *Recuerdos de la última guerra por la independencia de Cuba. 1896 a 1898*, La Habana, Imprenta “Tipografía Moderna”, 1918, pp. 55-56.

De hecho, la guerra ofreció a los cubanos de color nuevas esperanzas. Sin duda alguna, hubo momentos de verdadera fraternidad en el ejército. Uno de ellos fue en noviembre de 1895, cuando Antonio Maceo cruzó la trinchera española en Morón con 1,700 soldados de la caballería, 700 de la infantería, y miembros del gobierno provisional, y fue recibido por Máximo Gómez y sus fuerzas. “Nos confundimos orientales, centrales, y occidentales, negros y blancos” exclamó Bernabé Boza, el jefe del estado mayor de Gómez. Hasta el soldado negro Ricardo Batrell, a pesar de su frustración con la independencia, recordaba episodios de “fraternidad”, “reciprocidad” y “verdadera democracia”, entre soldados de color y oficiales blancos¹³. Algunos líderes blancos lucharon abiertamente contra el racismo en el ejército. Se expresaban a favor de los comandantes negros cuando se discriminaba en su contra y transferían a los militares blancos racistas a puestos civiles a fin de evitar problemas con las tropas¹⁴. Este tipo de apoyo, al provenir de blancos, dio esperanzas a varios negros de que se haría justicia en el futuro.

A un nivel más mundano, los cubanos de color disfrutaron momentos de diversión durante la guerra. En la manigua, una comida con carne asada y viandas, un trago de ron, una taza de café, o un cigarro, eran todos motivo de alegría. En ocasiones se organizaban bailes con mujeres de la región. Se hacían peleas de gallos con animales que encontraban o robaban por el camino. Estos momentos de diversión compartida fomentaban que la gente imaginara una vida sencilla pero fraternal una vez concluida la guerra¹⁵.

Los negros bajo el mando de jefes de color, en particular bajo Antonio Maceo, experimentaron (muchos por vez primera) el orgullo de servir bajo líderes famosos de ascendencia africana y de origen social humilde como ellos. Para ellos, “[Antonio] Maceo era un ídolo”, pero no un ídolo inaccesible. Podían identificarse con él y emularlo sin cuestionarse su herencia racial. Además, aunque el orden jerárquico era estricto, existía un clima de camaradería en las unidades de Maceo que apelaba a muchos cubanos de color. La mayoría de los nombramientos se hacía tomando en cuenta la valentía,

¹³ BOZA [9], p. 59; Ricardo BATRELL, *Para la historia. Apuntes autobiográficos de la vida de Ricardo Batrell Oviedo*, La Habana, Seoane y Alvares Impresores, 1912, pp. 11, 25-26, 122.

¹⁴ VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, p. 229; ROSELL Y MALPICA [3], II, p. 36.

¹⁵ VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, pp. 141, 293.

la inteligencia y el mérito, y todos pensaban que tenían la posibilidad de ser ascendidos —o degradados—, porque Antonio Maceo no mantenía en posiciones altas a los que llamaba “figuras decorativas”. Los oficiales luchaban junto a sus hombres y todos habían sido heridos varias veces. En circunstancias especiales, desaparecían las jerarquías: Maceo saltaba de su caballo y actuaba como un sencillo soldado¹⁶. Sin duda, las experiencias de este tipo influyeron en los soldados e hicieron creer a algunos que las distinciones entre clase y raza serían prohibidas en la nueva Cuba por la que luchaban.

Entre los soldados de color, el mayor prestigio se obtenía perteneciendo a la escolta de los hermanos Maceo. Varios rebeldes arriesgaron sus vidas uniéndose a divisiones comandadas por los Maceo y tratando de hacerse notar por ellos. El primer paso, con frecuencia, era obtener un arma, y los hombres no titubeaban en luchar desarmados contra los soldados españoles a fin de obtener uno de sus máusers. Estos cubanos de color participaban entonces en batalla tras batalla hasta obtener una reputación de valentía, fuerza e inteligencia. Los cerca de cincuenta hombres en la escolta de Antonio Maceo no dejaban de esforzarse, buscando convertirse en su jefe de escolta. Además, pocos de la escolta disfrutaban de una larga vida, pues siempre estaban en primera línea con Maceo. Desde abril de 1895 hasta octubre de 1896, cinco de sus jefes de escolta murieron uno tras otro en combate. El último, Julio Morales, un negro áspero de barba blanca que había estado junto a Maceo desde 1868, finalmente había logrado el sueño de su vida: “ser jefe de la escolta de su intrépido y amado caudillo”¹⁷.

Los negros pobres y poco educados que alcanzaban el rango de oficial incrementaban su autoestima. Percibían que se les valoraba por sus méritos y talentos, algo desconocido para la mayoría de ellos. Sin duda pensaron que si Cuba Libre los recompensaba justamente, serían tratados de manera similar después de la independencia. Aunque otros cubanos de color no mostraban tanta dedicación a su lucha contra España, también tenían grandes esperanzas para el futuro. Según el antiguo esclavo Esteban Montejo, muchos creían que la guerra era una “fiesta para coger honores”, pero no estaban dispuestos a luchar; a algunos les atraía la posibilidad del pago. De

¹⁶ MIRÓ ARGENTER [4], pp. 424, 657.

¹⁷ *Ibidem*, p. 626. También ROSELL Y MALPICA [3], II, p. 36.

hecho, muchos rebeldes ignoraban el propósito de la insurrección. “Uno se metía de porque sí”, recordaba Montejó. “Yo mismo no sabía del porvenir. Lo único que decía era ‘¡Cuba Libre!’” Por su parte, varios libertos participaron con el propósito de eliminar la dominación española y el tipo de vida que se les imponía en un país donde la esclavitud había durado hasta 1886: “Ninguno quería verse en los grillos otra vez, ni comiendo tasajo, ni cortando caña por la madrugada. Por eso se iban a la guerra,” recordaba Montejó¹⁸. Sin embargo, aunque las motivaciones a veces eran egoístas, la mayoría de los rebeldes de color pensaban que estaban unidos en una lucha que llevaría a mejores condiciones para todos.

Por otra parte, unirse al Ejército de Liberación y convertirse en soldado con frecuencia suponía tener un arma: el símbolo por excelencia del poder. Esto explica, en parte, por qué muchos rebeldes no dudaban en poner sus vidas en peligro a fin de arrebatarle un arma a un soldado español. Luego desarrollaban una pasión por esa arma. De hecho, pocos quisieron entregarlas después del armisticio, y muchos las conservaron para siempre como constancia de su compromiso con la república¹⁹.

Hasta cierto punto, aun los que iban vestidos con trapos y armados sólo con machetes, hasta los miembros de la impedimenta (el grupo de hombres, mujeres y niños que seguía al Ejército de Liberación) escogían su bando. Al seguir a los rebeldes, manifestaban que se negaban a continuar reprimidos bajo el dominio español y que aspiraban a que su condición cambiara. Entre los hombres había muchos libertos acostumbrados a trabajar en haciendas azucareras, con poca experiencia del mundo más allá de la central. Mientras que la mayoría actuaba “sólo con la esperanza de adquirir un fusil para tomar parte activa en la campaña”, algunos pensaban, según se dice, que unirse al Ejército de Liberación significaba “hacer lo que uno qui[si]era”²⁰.

En muchos aspectos, la guerra permitió a los negros desarrollar orgullo en sí mismos y en sus orígenes africanos. Ciertas tradiciones propias de la cultura afrocubana adquirieron respetabilidad

¹⁸ Miguel BARNET, *Biografía de un cimarrón*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986 (original 1966), pp. 161, 159.

¹⁹ BOZA [9], pp. 11, 53; WOODWARD [7], pp. 92, 102-3.

²⁰ MIRÓ ARGENTER [4], p. 394; ARBELO [12], p. 184.

en las filas de Cuba Libre. Los músicos y los narradores entretenían a los soldados. Antes, en tiempos de paz, mucha gente acudía a los curanderos de origen africano cuando requerían ayuda médica, ya que la medicina científica prácticamente no existía en el campo. Durante la guerra, los servicios de estos curanderos se hicieron todavía más indispensables. El ejército tenía pocos médicos, y las unidades contaban con curanderos autodesignados, en su mayoría cubanos de color carismáticos que ofrecían consuelo, si no recuperación, a los heridos. Con frecuencia lo único que podía hacerse era lavar las heridas con agua fría y vendarlas, de manera que se agradecía cualquier tratamiento adicional. Los pacientes más afortunados recibían tratamiento de los curanderos locales, quienes habían instalado puestos rudimentarios de primera ayuda. Varias mujeres adquirieron fama, hasta entre los oficiales. Ese fue el caso de la Rosa, de Camagüey, una “negra hábil, independiente, muy confiada en sus propios métodos”, que conocía muy bien las plantas medicinales que curaban fiebres, heridas y enfermedades. Otras mujeres, avisadas por algún pariente, lograban llegar a la manigua a cuidar a esposos, hijos o sobrinos durante su recuperación²¹.

Los soldados de fila tenían tanta fe en los remedios tradicionales que no veían con buenos ojos que los comandantes recurrieran a la medicina moderna. Por otra parte, los soldados heridos o enfermos evitaban a toda costa que los enviaran a los hospitales del Ejército de Liberación atendidos por cirujanos. Aislados de sus unidades y de la batalla, desconfiaban de los doctores y aborrecían la disciplina de los campamentos. Se dice que los libertos hospitalizados “protestaban de que habían salido de una esclavitud... para entrar en otra”. De hecho, preferían seguir al ejército, cargados por sus compañeros en hamacas improvisadas²². Así, sentían que participaban en una revolución que transformaría sus vidas.

Al igual que la medicina científica, la iglesia católica estaba poco presente fuera de las ciudades y pueblos importantes, en especial en Oriente, donde se le percibía como un instrumento de la dominación española. La gente satisfacía sus necesidades religiosas como

²¹ FLINT [10], pp. 216-17. También *ibidem*, p. 153; WOODWARD [7], pp. 43, 107-8, 113; VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, pp. 164-165.

²² ARBELO [12], p. 53. También MIRÓ ARGENTER [4], p. 200; Manuel CORRAL, *¡El Desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*, Barcelona, Alejandro Martínez Editor, 1899, p. 81.

podía, a menudo con creencias de origen africano. Entre los rebeldes, los amuletos preparados por los líderes de religiones afrocubanas gozaban de gran popularidad. Luchando con pocas armas contra un ejército español grande y bien apertrechado, los mambises constantemente ponían en peligro sus vidas. Para protegerse, con frecuencia llevaban un amuleto para la buena suerte²³. La fuerza de las supersticiones en el Ejército de Liberación sorprendió a más de un insurgente blanco educado al descubrir en la manigua la realidad de los cubanos de las clases menos privilegiadas. En cambio, entre la alta jefatura de Cuba Libre, muchos eran masones: Antonio y José Maceo, José Martí, Máximo Gómez, y Bartolomé Masó, para nombrar sólo algunos²⁴.

La guerra permitió a muchos negros enorgullecerse, no sólo de sus tradiciones, sino del color de su piel. Los Maceo se convirtieron en un símbolo de la inteligencia y la fortaleza de la raza de color con el que todos podían identificarse. Algo más trivial era el hecho de que ser negro significaba ser imperceptible durante la noche, artificio militar que dio fama a través de Cuba a muchos soldados de color oscuro. Los comandantes Agustín Cebreco y Vicente García, en particular, adquirieron notoriedad por emplear ventajosamente el color de su piel, y la de sus hombres, escogiendo luchar durante la noche. Se desnudaban de la cintura hacia arriba para hacerse casi invisibles ante los españoles, pero se distinguían así del enemigo²⁵.

Algunos antiguos esclavos sufrieron una especie de regeneración durante la insurrección. Ancianos nacidos en el África que habían seguido a sus hijos o sobrinos a la guerra descubrieron una nueva dimensión en las tareas que habían estado llevando a cabo como esclavos. Se ofrecían de voluntarios para hacer tareas esenciales pero corrientes tales como lavar ropa, limpiar armas, o hacer de celadores. Se convirtieron en cocineros muy creativos en la escasez de la manigua²⁶. Su participación en la impedimenta los transformó en ciudadanos cabales de Cuba.

²³ ARBELO [12], pp. 139-40; WOODWARD [7], p. 43.

²⁴ Eduardo TORRES CUEVAS, "Estudio histórico-ideológico para una desmitificación de la masonería en Cuba" (manuscrito), pp. 258, 258 A.

²⁵ Primo CABRERA, *¡A Sitio Herrera!*, La Habana, Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía., 1922, p. 173.

²⁶ BARNET [18], p. 160.

Aunque la guerra provocó la disolución de muchas familias, unos pocos rebeldes lograron mantener vínculos con sus seres queridos mediante mensajeros y reclutas que traían cartas y tabaco a la mani-gua. Otros hombres y mujeres lograron crear nuevos lazos durante la insurrección. Con excepción del ejército invasor de Antonio Maceo, la mayoría de las unidades incluía a muchas mujeres en la impedi-menta, quienes en ocasiones se convertían en compañeras de los soldados. La división del negro Quintín Banderas, por ejemplo, incluía a mujeres de color “que cocinaban para sus esposos y sus ami-gos particulares”²⁷. En las unidades más pequeñas y aisladas esta práctica era más común, en particular entre la gente de color. Varios oficiales en Matanzas habían instalado a sus familias en campamentos escondidos en el bosque cercano a sus operaciones. También había campamentos de mujeres y niños refugiados en los territorios liberados. Cuando las tropas rebeldes acampaban cerca de sus ve-cindarios, la gente se reunía, y hombres y mujeres entablaban rela-ciones²⁸. Según muchos de los recuentos, no se toleraba a los viola-dores, a quienes colgaban en la horca, independientemente de su raza y rango²⁹.

Aunque sólo un puñado de mujeres participaba en los combates, las que acompañaban a los rebeldes compartían sus vidas, contri-buían a mantener a las tropas, y ampliaban su experiencia vital; va-rias probablemente establecieron nuevas metas para el futuro. Algu-nas mujeres vivían con comandantes. Éste fue el caso de varias que desde 1897 vivían “una vida inmoral” con Banderas en las montañas de Trinidad. Menos publicidad recibieron los casos de mujeres que vivían con oficiales “de buena condición” (léase “blancos”), tales co-mo José María (Mayía) Rodríguez y Enrique Loynaz del Castillo³⁰. También se comenta de José Maceo que estaba en la guerra “con sus mujeres, dos o tres mulaticas, dice él que son sus sobrinas.”³¹

²⁷ FLINT [10], p. 20; VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, p. 122.

²⁸ FLINT [10], pp. 82-83, 88. También BARNET [18], pp. 171, 173, 176; ARBELO [12], p. 54.

²⁹ BOZA [9], p. 85; CABRERA [25], pp. 160-61; Diario de Zayas [9], fol. 27; FLINT [10], pp. 47-48.

³⁰ GÓMEZ [8], pp. 329, 332; VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], IV, pp. 50, 52, 57-58; FLINT [10], pp. 85-88.

³¹ VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, p. 115; Abelardo PADRÓN VALDÉS, *El general José: Apuntes biográficos*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973, pp. 178-80.

La parte de Cuba bajo el control de los rebeldes (Oriente, Camagüey, y parte de Santa Clara, con la excepción de las grandes ciudades) fue dividida en distritos y administrada por prefectos nombrados por el gobierno provisional. Aunque prevalecían los prefectos blancos, algunos eran de color, como Florencio Grimón, veterano de todas las guerras de independencia, en el distrito de Sagua la Grande. Según Grover Flint, un corresponsal de guerra, en Oriente había escuelas a las que se requería a los padres que enviaran a sus hijos. Se imprimían periódicos revolucionarios en prensas escondidas en el bosque. Localizados en lugares inaccesibles, había talleres donde se mantenía ocupados a los rebeldes incapacitados para servir en el ejército. Algunos hombres reparaban armas y machetes; otros hacían zapatos, sillas de montar, correas y bolsos para cargar municiones; otros fabricaban ropa y sombreros de paja. La gente de Cuba Libre también cuidaba rebaños clandestinos de vacas, caballos y mulas, así como sembrados de hortalizas y viandas. Aunque lejos de ser un paraíso, los territorios liberados satisfacían muchas necesidades básicas de la población³². En este ambiente donde se compartía, los cubanos de color, los pobres y los campesinos sin tierras imaginaban una vida mejor y más justa después de la independencia de la que habían tenido bajo el dominio español.

Este tipo de cambio se dio a pesar del hecho de que continuaron prevaleciendo en Cuba Libre los patrones de relaciones basados en una jerarquía social rígida. No es sorprendente que el Ejército de Liberación no haya eliminado diferencias de raza y de clase profundamente arraigadas. Muchos oficiales, independientemente de la raza, creían que sólo el temor al castigo físico lograba la disciplina en las clases menos privilegiadas. La reproducción de relaciones de trabajo paternalistas en la vida militar también obstaculizó la igualdad racial. Los oficiales tenían ayudantes, a menudo adolescentes negros o mulatos, que servían simultáneamente como escuchas, armadores de tiendas, proveedores de alimentos, cocineros, mensajeros y cargadores. Además, desde fines de 1895, se mantuvieron las diferencias de raza y de clase al dar más importancia a la educación que al desempeño militar al nombrar nuevos oficiales. Esto dificultaba los ascen-

³² VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, pp. 267-69; FLINT [10], pp. 237, 239, 244-52; CORRAL [22], p. 81.

sos de los cubanos de color y los campesinos en general, quienes habían tenido poca oportunidad de asistir a la escuela³³.

De cierta manera, seguía en el Ejército de Liberación el doble criterio que regía las vidas de blancos y negros en la Cuba colonial. Los cubanos de color tenían que lograr más que los blancos para ser recompensados. A los comandantes blancos se les elogiaba por su ambición y popularidad, pero los comandantes negros con las mismas cualidades pasaban por racistas y dictatoriales. Los líderes de color eran vigilados de cerca por los blancos, lo que intensificaba el prejuicio y el temor a que los negros tomaran el poder como había sucedido en Haití. Esto era particularmente cierto en el caso de Antonio y José Maceo, contra quienes las acusaciones de ambiciones dictatoriales o racistas se multiplicaban en proporción a sus éxitos militares³⁴.

En realidad, algunos cubanos blancos usaron el racismo como medio para limitar el potencial revolucionario del movimiento independentista. Especialmente militantes eran algunos sectores no combatientes de Cuba Libre, unidos en torno al presidente del gobierno provisional, Salvador Cisneros Betancourt, y los líderes —todos blancos— de los separatistas en EE.UU. Estaba en juego la naturaleza de la nueva sociedad cubana. En líneas generales, de un lado los rebeldes en las tropas y los comandantes luchaban por destruir el orden colonial, con su estricta jerarquía racial y social. Su guerra no haría concesiones hasta la derrota total de España. Del otro lado, tanto el gobierno provisional como los separatistas en EE.UU tenían una agenda más política: el fin del dominio español, sin un cambio total del orden socioeconómico. La lucha entre estos dos proyectos sociales se manifestaba, principalmente, en rivalidades entre los poderes civil y militar.

A fines de 1895 los triunfos militares y la gran popularidad de Antonio Maceo en Oriente hicieron sospechar a ciertos líderes blancos que él planificaba convertirse en dictador. También se desarrollaron celos personales contra él y su hermano José, porque “es in-

³³ BOZA [9], pp. 72, 85; CABRERA [25], pp. 160-61; Diario de Zayas [9], fol. 27; FLINT [10], pp. 15, 47-48, 130-31; MIRÓ ARGENTER [4], pp. 394-96; ARBELO [12], pp. 36, 46-47, 119-24, 127, 184-87; ROSELL Y MALPICA [3], II, pp. 27, 113.

³⁴ Salvador Cisneros a Tomás Estrada Palma, 6 de diciembre de 1895, León PRI-MELLES, (ed.), *La revolución del 95 según la correspondencia de la delegación cubana en Nueva York*, La Habana, Editorial Habanera, 1932-1937), II, p. 144; Cisneros a Miguel Betancourt Guerra, 16 mayo 1896, *ibidem*, IV, p. 178; ARBELO [12], p. 54.

negable que [las tropas] adoran a los Maceo”. A ellos se oponía enérgicamente Masó, jefe de la zona noroccidental de Oriente, quien resentía cada vez más la influencia de sus rivales³⁵.

Es claro que el ataque a Antonio Maceo se debía no sólo a una enemistad personal, sino que además tenía una base social y racial. Proveniente de hombres como Cisneros y Masó —quienes reclamaban títulos nobiliarios, un origen español “puro”, riqueza y tierras— iba dirigido a afirmar que parte del viejo orden se mantendría después de la independencia, excluyendo del poder a los cubanos de color y blancos de origen popular. Al atacar a Maceo, Cisneros y Masó ponían en la mira a todos los que se habían rebelado contra España con el propósito de construir una sociedad igualitaria. El ataque también tenía importancia regional. Demostraba que aunque menos numerosos y más lentos en rebelarse, los insurgentes del oeste de Oriente y Camagüey, donde predominaban los blancos, se negaban a dejar que la revolución fuese dirigida por los rebeldes de color del sur de Oriente.

Fue en este contexto de tensiones que Antonio Maceo emprendió la campaña más exitosa de la guerra: la invasión de la parte occidental de Cuba. Alrededor de 1,700 hombres, en su mayoría de color, salieron de Oriente el 22 de octubre de 1895. Exactamente tres meses después, el 22 de enero de 1896, llegaron al otro extremo de la isla en Pinar del Río. Simultáneamente, las fuerzas comandadas por Gómez, que acompañaron a la columna de Maceo desde Santa Clara hasta La Habana, habían establecido un baluarte en la provincia de La Habana³⁶. La invasión de la zona occidental representó una doble victoria. En primer lugar, fue un éxito militar. A pesar de que Maceo y sus tropas carecían dramáticamente de armas y municiones, triunfaron sobre las fuerzas españolas, bien armadas y diez veces más numerosas. En segundo lugar, fue un logro político. La columna invasora llevó la revolución a una porción de la isla donde el apoyo a España era fuerte. A la vez, destruyó el localismo de los orientales y dio a la guerra una dimensión verdaderamente nacional³⁷.

³⁵ ROSELL Y MALPICA [3], II, p. 35. También VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, p. 110.

³⁶ MIRÓ ARGENTER [4], pp. 77-79.

³⁷ José Maceo a Tomás Estrada Palma, 9 de octubre de 1895, PADRÓN VALDÉS [31], p. 106; Diario de Zayas [9], fol. 5; MIRÓ ARGENTER [4], pp. 100-17, 280-81.

En lugar de regocijarse con este triunfo, el gobierno provisional vio en la invasión de la zona occidental una amenaza a sus objetivos políticos y prueba adicional del supuesto plan dictatorial de Antonio Maceo. Cisneros expresó su desconfianza del general, acusándole de considerarse “jefe único, no sólo de Oriente, sino quizás de toda Cuba. ¡Misericordias y ambiciones humanas!”³⁸ Intentó contener el impacto de la invasión por varios medios, entre ellos una mayor participación civil en los asuntos militares y la negativa a enviar armas y refuerzos a Maceo y Gómez. Como resultado, se frustró la victoria más decisiva de los cubanos sobre España. Como señaló amargamente Maceo: “Del Consejo de Gobierno ... será, ante la historia, la responsabilidad de ese hecho que nos ha privado de encaminar nuestros triunfos al Ayacucho cubano.”³⁹

Simultáneamente, el gobierno provisional fomentó el regionalismo y el racismo dentro del movimiento independentista. En marzo de 1896, líderes de Camagüey reanudaron los ataques contra los orientales, en especial contra Antonio y José Maceo, por ser, alegadamente, racistas negros. Cisneros repetía las injurias e insinuaba que los hermanos Maceo planificaban controlar la revolución, con Antonio en el oeste y José en el este. Reemplazó a José Maceo y a otros prestigiosos oficiales de campo negros con oficiales veteranos “de buena condición”, tales como Calixto García⁴⁰. En junio renunció José Maceo, diciendo “es cuestión de dignidad, por mi parte, no aceptar ninguno de esos generales como mis superiores, porque no tienen méritos que acrediten ese puesto”⁴¹. En esta tensa atmósfera, José Maceo, desilusionado, murió en combate contra los soldados

³⁸ Cisneros a Estrada Palma, PRIMELLES [34]. También MIRÓ ARGENTER [4], p. 546. Ramsden a Marquis of Salisbury, 2 de abril de 1898, PRO, FO 72/2076; Blanco a Legación en Washington, 13 de marzo de 1898, MAE, Ultramar, Cuba, leg. 2904 (Washington), exp. 61.

³⁹ Antonio Maceo a José M. Rodríguez, 17 de julio de 1896, Antonio MACEO, *Ideología política. Cartas y otros documentos*, La Habana, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1950, II, p. 308. En 1824 la batalla de Ayacucho en el Perú selló la victoria final de América del Sur contra España. Véase también MIRÓ ARGENTER [4], pp. 294-95, 545-49; GÓMEZ [8], pp. 304-10.

⁴⁰ Cisneros a Estrada Palma, PRIMELLES [34], II, p. 152. También Cisneros a Betancourt, 16 de mayo de 1896, y Cisneros a Joaquín Castillo D., 22 de mayo de 1896, in *ibidem*, IV, pp. 177-83.

⁴¹ José L. FRANCO, *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, III, p. 197.

españoles. Comprensiblemente, se regó el rumor entre sus tropas de que había sido asesinado por los hombres de García⁴².

Por su parte, los representantes cubanos en EE.UU tampoco veían con buenos ojos la invasión de la zona occidental. Trataron de detener un proceso demasiado revolucionario, a su entender, cabildeando para que EE.UU interviniera en la guerra. Entre los líderes militares aumentó el descontento con Tomás Estrada Palma, el delegado plenipotenciario de Cuba Libre ante EE.UU, y algunos comenzaron a sospechar que él favorecía la anexión de Cuba a la nación del norte. Hacia noviembre de 1896, el recelo entre el poder civil y el militar alcanzó su clímax. Máximo Gómez planificó un golpe para excluir a Cisneros de la presidencia del gobierno. Ordenó a Maceo cruzar la trinchera occidental, custodiada por los españoles, y apoyarlo en Santa Clara. Como resultado, Maceo murió en combate cerca de La Habana el 7 de diciembre de 1896⁴³.

Sin duda, la muerte de Antonio Maceo marcó un viraje en la guerra. Para muchos, en especial los mambises de color, Maceo encarnaba la revolución misma: combinaba el espíritu de lucha incansable hasta la victoria, la negativa a transar, con una gran humanidad. También se había convertido en portaestandarte de las esperanzas de los negros y mulatos de participación plena después de la guerra. Tras su muerte, todos los soldados se sintieron más indefensos, y todos los de color menos seguros de poder alcanzar un futuro mejor⁴⁴.

La pérdida de Maceo dio mano libre a la facción civil y a los delegados en EE.UU. Máximo Gómez no podía enfrentarlos solo y comenzó a tener dudas sobre la importancia de su lucha por los cubanos. Muchos de sus generales habían perdido el entusiasmo y se habían entregado a una vida disoluta. Mientras tanto, el implacable general español Valeriano Weyler había ido reconquistando la mayor parte de las provincias occidentales, pero parecía incapaz de restaurar la paz en la isla a pesar de una represión sistemática. El Ejército de Liberación, pobremente armado y enfrentado a un ejército español varias veces más grande, no lograba avances decisivos.

⁴² VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, pp. 109, 158-59, 233, 308.

⁴³ MIRÓ ARGENTER [4], pp. 513, 545-49, 714-17; VALDÉS DOMÍNGUEZ [9], I, pp. 320-21.

⁴⁴ ARBELO [12], pp. 33, 238-39; MIRÓ ARGENTER [4], pp. 721-23; *La Lucha* (La Habana), 9 de diciembre de 1896.

Sectores poderosos del liderato civil insistían en una solución negociada con la participación de EE.UU.⁴⁵.

Los cubanos de color fueron destituidos de todas las posiciones de poder en Cuba Libre. Ni la nueva asamblea de representantes elegida en octubre de 1897 ni el nuevo gobierno provisional contaba con un solo miembro negro o mulato. Masó reemplazó a Cisneros como presidente y la posición de Antonio Maceo recayó sobre Calixto García. Estrada Palma se mantuvo en su puesto en Washington y cabildeó secretamente por la anexión de Cuba a Estados Unidos⁴⁶.

Cuando en enero de 1898 España concedió, al fin, gobierno propio a Cuba, la mayoría de los cubanos deseaba la paz, pero la paz sin España. La autonomía no tenía muchos seguidores en Cuba. Los insurrectos se burlaban de ella y los peninsulares unionistas protestaban en su contra. El cónsul general de EE.UU en La Habana exageraba el desorden producido por el anti-autonomismo. Como consecuencia, EE.UU envió la nave de guerra *Maine* a Cuba para proteger a los norteamericanos. Con la explosión del *Maine* en la bahía de La Habana en febrero de 1898 quedó asegurada la intervención de EE.UU en la guerra, a pesar de que no había prueba que implicase a los españoles en la explosión. Los defensores de la expansión de EE.UU en el hemisferio habían encontrado la oportunidad para llevar a cabo su programa⁴⁷.

Pocos mambises de color comprendieron el efecto cabal del acontecimiento. Habían pasado los últimos años en la manigua luchando por sobrevivir y realizar sus sueños. No fue hasta que las primeras tropas norteamericanas llegaron a tierra cubana en junio de 1898 que algunos entendieron que la revolución había terminado. Para la mayoría de los insurgentes de color, sin embargo, la experiencia de la Guerra de Independencia tuvo efectos de largo plazo. Se habían unido al Ejército de Liberación para manifestar su rechazo a un pasado colonial en el que habían sido esclavos y se discrimina-

⁴⁵ GÓMEZ [8], pp. 329, 332; PÉREZ [2], p. 137.

⁴⁶ George Clarke MUSGRAVE, *Under Three Flags in Cuba. A Personal Account of the Cuban Insurrection and Spanish-American War*, Boston, Little, Brown, and Company, 1899, p. 165; Drummond Wolff a Marquis of Salisbury, 17 de octubre de 1897, PRO, FO 414/152.

⁴⁷ Ramsden a Marquis of Salisbury, 2 de abril de 1898, PRO, FO 72/2076; Blanco a Legación en Washington, 13 de marzo de 1898, MAE, Ultramar, Cuba, leg. 2904 (Washington), exp. 61.

ba en su contra. La guerra les había permitido mostrar su fuerza. También había permitido a algunos afirmar su visión de una nueva Cuba en la que serían ciudadanos iguales y participarían en todos los niveles y las esferas de poder. Para muchos, “independencia” significaba no sólo la independencia de Cuba de España, sino su propia independencia también. Enfrentaban una nueva lucha en la que carecerían dramáticamente de un líder de la estatura de Antonio Maceo: la lucha por la igualdad de derechos y oportunidades para los negros en la república cubana⁴⁸.

Blacks joined en masse the struggle for Cuba's independence from its beginning. In the process, many increased their expectations regarding their position in an igualitarian future. This article explores some dimensions of Afro-Cubans' war experiences and discusses the concerns their massive participation raised among certain white separatist leaders who did not hesitate to jeopardize Cuba Libre's most decisive victory against Spain and to lobby for U.S. intervention in order to limit the revolutionary potential of the war.

⁴⁸ Véase HELG [3].